

sin embargo, me encuentro en el mismo terrado y sobre el mismo lodazal...

—¡Luz!... ¡hija mía!—la grité entonces para distraerla de aquella visión que la fascinaba.

—¿Y cómo salir de aquí!—prosiguió, sin apariencias de oirme,—¿por dónde, si esto no tiene límites, ni un palmo de tierra firme y limpia en que sentar el pie!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Ah!... ¡ya me oye!... De allá arriba, de lo alto, de lo más alto del cielo, baja una figura con alas blancas, como la túnica que viste, y los cabellos rubios flotando en el espacio... Y vuela hacia acá... Y va acercándose á mí... Ya oigo el suave rumor de las alas al batir el aire... Se acerca más... me sonrío y me tiende una mano... la tomo con otra mía... y me suspende y me saca á la azotea... y volando, volando, me conduce sobre la ciénaga sin fin... ¿Adónde?

—¡Luz! ¡Luz!—volví á gritar, aterrada ya con aquella fijeza de mirada y el frío marmóreo de sus manos.—¡Vuelve á mí los ojos! ¡Mírame!... ¡estoy aquí, á tu lado!...

»Pero ella, sin dar señales de atender á mis llamadas, prosiguió diciendo, con una voz débil, muy débil, pero dulce y argentina, como el sonido de las arpas eólicas:

—¡Qué alto me eleva!... ¡Y todavía más alto!... ¡Tan alto, que ya no te veo, madre mía! ¿Me oyes?... ¡Dile á Ángel que le espero!... ¡También te espero á tí!... ¿Me ves?... Es imposible, porque he llegado muy arriba... ¡Y aún me elevo más!...

¡más alto todavía!... ¡Qué región de soles!... ¡Cuánta luz!

»Y con esta palabra se apagó su voz, como la última nota de un suspiro. Sentí que se estremecía ligeramente su mano entre las mías; observé en sus labios una suave contracción, que me pareció el acento de una nueva sonrisa; y un instante después inclinó su cara hacia mí, y hundió la cabeza entre los rizos de oro que le formaban una aureola esparcidos sobre la almohada.

—¡Luz! ¡Luz! ¡vida mía!—llamé de nuevo con las angustias de todos los espantos en la garganta, acercando mi boca á su oído.—¡Mira á tu madre!... ¡dile que la oyes... que la ves!...

»¡Dios misericordioso! ¡Aquellos ojos, que aún me miraban, ya no veían; aquella boca que me sonreía, ya no respiraba; y aquel hermoso cuerpo que parecía dormido en un sueño de amores, no era más que la yerta y abandonada envoltura de un alma angelical que había volado á su patria celeste!

»Todo cuanto sucedió en la tierra desde aquel momento infausto, ya no tuvo nombre ni valor alguno para mí. Nada de ello era mío: sólo me pertenecían las sangrientas y mortales llagas de mi corazón y las torturas de mi conciencia.

»La vida que me restaba no tenía otro destino que arrastrar la cruz que merecía; y á arrastrarla

con valor consagré todas las fuerzas de mi espíritu.

»Y arrastrándola voy: á costas la llevo, ¿qué importa á nadie por dónde? Toda la tierra es Calvario para quien está dispuesto á sufrir dolores y afrentas.

»A ese fin van, y obra son de los impulsos de un alma atormentada y contrita, estos *Apuntes* que escribo para lanzarlos al mundo. No creería nunca bastante barrida de gusanos la conciencia, sin entregar los escándalos de mi vida á la abominación de todas las mujeres honradas.»

FIN DE LA NOVELA.

POLANCO, agosto-octubre de 1887.

